

Abordajes para el trabajo con poblaciones

Participación social y prácticas socio-políticas



Mirtha Lischetti

Centro de Innovación y Desarrollo para la Acción Comunitaria (FFyL, UBA)

Resumen

Reflexionamos acerca del abordaje de trabajo territorial con poblaciones de sectores populares. Historizamos cómo se dio ese trabajo a través del tiempo, desde fines del siglo XIX hasta la actualidad. Revisamos algunas conceptualizaciones que lo analizan y describen: comunidad, participación social, prácticas sociopolíticas, interdisciplina, construcción compartida de conocimiento. Señalamos los obstáculos que presenta esta manera de trabajar en el territorio a la vez que rescatamos su valor e importancia.

Palabras clave

Participación social
Trabajo con poblaciones
Trabajo territorial
Compromiso
Distanciamiento
Relaciones y vínculos

Cuando en el 2008 comenzamos a trabajar en el territorio de los barrios del sur de la Ciudad de Buenos Aires —las comunas más pobres, con los índices más altos de desocupación, de morbo-mortalidad, de problemáticas educativas mal resueltas— nos planteamos la discusión de cómo abordar el trabajo que entendíamos debíamos llevar adelante.¹

Ampliamos nuestro ámbito de consulta y reflexión a otras universidades argentinas (Rosario, Sarmiento, Lanús) y latinoamericanas (Uruguay, Venezuela). Nos planteamos que podíamos comenzar pensando en ciertas relaciones: la relación entre *teoría* y *práctica*, entre *lo técnico* y *lo político*, también dicho con otras palabras: entre *ciencia* y *política*, entre *conocimiento* y *transformación*. Revisamos el problema *de los fines en la investigación*, como así también el *reconciliar lo social con lo político en las políticas sociales*. No lo hicimos para encontrar las respuestas, pero sí para volver a tener presentes estas reflexiones y recordar cómo y con qué resultados circularon en los distintos momentos históricos, además de poder hacer visible cuánto de esa historia que nos constituye sigue presente o nos diferencia en las prácticas actuales después de haber sostenido una crítica —ya sea política, ideológica o científica— a las propuestas de trabajo con las poblaciones participantes.

Algunas de estas prácticas tienen nombre propio: Antropología Aplicada, Desarrollo de la Comunidad, Educación Popular, Trabajo de Campo Etnográfico, Investigación-Acción Participativa. Tuvieron un período de tiempo propio en el que se desarrollaron y fueron objeto de críticas y aprobaciones. Todas ellas tenían como objetivo principal contar con la *participación de las poblaciones* en el mejoramiento de sus condiciones de vida.

1. El nosotros se refiere a los integrantes del Centro de Innovación y Desarrollo para la Acción Comunitaria (CIDAC) de la Secretaría de Extensión y Bienestar Estudiantil de la Facultad de Filosofía y Letras, UBA.

Pensamos que el trabajo con poblaciones se realiza en el nivel de lo local —de la vida local— no en el nivel que permite cambios en los sistemas que estructuran la vida de las sociedades.

Participación social: reseña histórica. Hegemonía y autonomía

Al revisar lo acontecido con la Antropología Aplicada, recordamos críticamente los procesos de colonización de fines del siglo XIX en adelante, con sus técnicas colonizadoras (directas e indirectas), situación que nos plantea la problemática de la manipulación y control de la población, que no es solo exclusiva de la colonización.

Si se hace una historia de la *participación social de las poblaciones subalternas* (Menéndez y Spinelli, 2006) se tiene que tener en cuenta que los sectores subalternos participan socialmente en pos de la defensa de sus intereses como grupos políticos o como grupos sindicales, de forma autónoma antes de que desde otros sectores sociales se los comine a actuar. Lo hicieron siempre y lo siguen haciendo.

A partir de los años 40-50, va a dar comienzo en las sociedades occidentales otro tipo de participación social: el buscado por gobiernos, organizaciones nacionales e internacionales que van a tratar de darle una sistematicidad a esa participación.

En la década de 1980, pero sobre todo a partir de los 90 del siglo pasado, va a emerger un vocablo que circulará con cada vez más insistencia. No es nuevo, no circula por primera vez y tiene una connotación determinada que vamos a tratar de analizar. Me refiero al término y al concepto de *comunidad*.

En los 60-70 circuló como una política proveniente de organismos internacionales y nacionales que, bajo el nombre de “desarrollo de la comunidad”, perseguía el objetivo de promocionar al “Hombre” para movilizar recursos humanos e institucionales mediante la participación activa y democrática de la población y así mejorar condiciones de vida. Operaba en comunidades de base (aldeas, barrios, etc.), a nivel local, y las operaciones que desarrollaba tenían que lograr la preparación psicológica de las poblaciones para provocar cambios mentales y de actitud mediante un proceso educativo de concientización. Se pensaba que al lograrlo se mejoraría el desarrollo económico y social. O sea, el *desarrollo de la comunidad* consiste en operar a nivel psicosocial mediante un proceso educativo que concientiza a la población. Se responsabiliza a la población de su falta de actitudes, aspiraciones y deseos para el desarrollo:

... en el programa filipino se pensó que la clave para la solución de la mayoría de los problemas que afrontaban los habitantes de las aldeas, se hallaba “en ellos mismos”; pero que para lograr los resultados deseados era necesario enseñarles las posibilidades de una vida mejor, y que esa vida podrían lograrla por un esfuerzo común de sus manos y de sus mentes.

Igualmente se consideró como razón para recurrir al Desarrollo de la Comunidad, que al asumir el pueblo la responsabilidad mayor en su propio desarrollo, se reduce drásticamente el costo de las mejoras en lo que concierne al gobierno (Ander-Egg, 1967: 35).

Esta política, que operó sobre todo en áreas rurales, en la región latinoamericana se implementó en Venezuela, Perú, Chile, Colombia, Ecuador, Brasil, Bolivia, Paraguay, México y en el Caribe. También en nuestro país, pero los autores se quejaban de que

la Argentina fuera el país que menos importancia le diera a su implementación. No tuvieron en cuenta que, para la fecha de la vigencia de esta política —mediados de los 60—, nuestro país tenía, prácticamente, pleno empleo y condiciones de trabajo en el campo que habían sido notablemente mejoradas con el Estatuto del Peón Rural.

En estos planteos se entendía por *comunidad* una unidad social —que podía ser tanto una población colonial como un barrio o una aldea— de dimensiones pequeñas, situada, localizada geográficamente, cuyos miembros compartían valores semejantes, tenían conciencia de pertenencia e interactuaban con un alto nivel de frecuencia entre sí.

Utilizada en este sentido, se registra por primera vez su uso en la Inglaterra de 1942, para nombrar lo que tiene que hacer la población colonial con el trabajo en las colonias: optimizar su rendimiento y eficiencia a través de cambiar actitudes y motivaciones (por supuesto, ese mayor rendimiento favorecía a la corona británica). Es decir, se insiste en el hecho de ayudar a la gente a encontrar medios efectivos de trabajar en cooperación con otros para mejorar los recursos de la comunidad. Desde 1950 comienza a ser utilizada por las Naciones Unidas. En 1954 aparece el libro de Caroline Ware: *Estudios de comunidad*. En 1956, los organismos internacionales acuerdan en su importancia y las Naciones Unidas la definen en 1958 de la siguiente manera:

El desarrollo de la comunidad es el proceso por el cual el propio pueblo participa en la planificación y en la realización de programas que se destinan a elevar su nivel de vida. Lo que implica la colaboración indispensable entre gobierno y pueblo (Ander-Egg, 1967: 24).

Queda claro que en esta caracterización se deja afuera la problemática político-económica y se opta por caracterizar más por cambios de actitud que por la sustancia del programa. La noción de *desarrollo* con la que se manejan es la que lo entiende como la combinación de cambios mentales y sociales de una población que la vuelve apta para hacer crecer, acumulativa y durablemente, su producto global.

La corriente ideológico-política que sustenta esta política social tiene como fuentes principales:

- a) Al presbítero Louis-Joseph Lebet (1897-1966), quien trabajó con pescadores franceses, también con poblaciones pobres libanesas. Sensibilizado por los sufrimientos que ocasiona la pobreza, originó una corriente: la economía humana, cuya doctrina principal establecía que el sujeto humano tenía que ser el eje del pensamiento económico. A partir de 1953, Lebet va a comenzar a trabajar para las Naciones Unidas, por lo que viajaría por todo el mundo tratando de establecer niveles de desarrollo a escala mundial.
- b) A François Perroux, un economista francés, keynesiano y filo marxista, que denuncia la dependencia de los países y la desarticulación económica a nivel mundial.
- c) Gunnar Myrdal (1898-1989), sociólogo sueco que denuncia la pobreza de los países subdesarrollados.
- d) Josué de Castro (1908-1973), brasileño que escribe por esos años *Geopolítica del hambre*; será también director de la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO, por su nombre en inglés).
- e) La Iglesia católica, que toma posición en temas sobre la pobreza, en especial en el Concilio Vaticano II y con la encíclica *Populorum progressio*, de 1967.
- f) Manuales que generan las distintas organizaciones de naciones: ONU, Unesco, Unión Panamericana.

O sea que la corriente que sostiene a esta política de desarrollo de la comunidad —y de acuerdo al clima de época— puede ser caracterizada como una corriente humanista, con fuerte influencia de distintas iglesias, no solo de la católica.

Guillermo Savloff, en *Implicaciones ideológicas de las teorías del Desarrollo de la Comunidad* (1969), sostiene que estas corrientes trabajaban desde un liberalismo neocapitalista norteamericano junto con un desarrollismo ingenuo aportado por los círculos tecnocráticos y burocráticos latinoamericanos de orientación humanista, lo que daba como resultado los siguientes conjuntos de ideas:

- a) Los países, por más pobres que sean, pueden llegar a ser desarrollados si ponen iniciativa, esfuerzo y capacidad.
- b) Entre los países desarrollados y subdesarrollados solo hay diferencias de grado. Los subdesarrollados están en una etapa anterior, pero en el mismo camino que los desarrollados.

Los supuestos subyacentes: el desarrollo de la comunidad local es posible, el desarrollo local forma parte y contribuye al desarrollo nacional. Esto es pensado e implementado sobre la realidad latinoamericana de ese momento, que se caracterizaba por la primarización y el monocultivo de sus economías, el bajo costo de la mano de obra, el tener que vender las materias primas al precio que fijaban los países metropolitanos, de los que dependían y a los que les costeaban el desarrollo. O sea, existían limitaciones estructurales importantes que no podían permitir desarrollos locales. La realidad latinoamericana de ese momento estaba constituida por élites económicas, militares y políticas frente a poblaciones subalimentadas, analfabetas, semidesocupadas, con bajos salarios, divididas en clases y con escasa movilidad social. Es por eso que resulta falso, por ejemplo, el segundo b) enunciado ut supra: los subdesarrollados siempre costean el desarrollo de los desarrollados.

Todos los procesos que se van a desarrollar en este tiempo tienen más que ver con lo técnico que con lo político. Se va a producir un desplazamiento de lo político, todo es técnico, aséptico, hay procesos de poder subyacentes que se ocultan. Y no se mencionan todos los procesos de participación política intensa y autónoma que los sectores subalternos llevaban adelante en esos mismos momentos. Mencionemos para nuestro país el Cordobazo, el Rosariazo, y otras puebladas, además de las organizaciones político-militares de los sesenta y setenta.

En esta época que acabamos de reseñar, encontramos ese uso del concepto de *comunidad* que con el que se manejó el desarrollismo.

En los noventa, como decíamos anteriormente, el uso del concepto de comunidad se va a fundamentar teóricamente sobre otras bases, aunque los usos que se hagan de él van a encontrar algunas similitudes.

La corriente posmoderna, cuya lógica cultural muchos autores la hacen corresponder con el desarrollo del neoliberalismo, trae —como parte del conjunto de sus ideas— el desdibujamiento de los estados nacionales en beneficio de instituciones de características más globales, que permitan el libre flujo de los capitales —ignorando las restricciones nacionales tomadas con motivo de la crisis económica de los años treinta e introducidas en las legislaciones — al mismo tiempo que se enfatiza en lo local, en las microsituaciones sociales.

Durante el siglo XIX, en Europa se había correspondido el desarrollo y la sistematización de las ciencias sociales con la unificación de los estados nacionales, y de esa conjunción, la conceptualización de las ciencias sociales nos había propuesto a los *hechos*

sociales (Durkheim) como su objeto de estudio y a la idea de *sociedad* (Durkheim) como aquella que expresara la trama relacional compleja que suponían las grandes ciudades europeas de entonces. Las ciencias sociales, entonces, ciencias de la modernidad europea, reflexionaron y construyeron conocimientos basados principalmente en esos conceptos fundantes.

En los noventa, aparecen algunos autores cuestionando la vigencia del concepto de *sociedad* y la posibilidad de poder pensar la realidad social desde otras categorías, también surgidas en el mismo momento teórico de las ciencias sociales durkheimnianas, pero sin haber hegemonizado el campo científico.

En el uso cotidiano nos encontramos hablando de abordajes comunitarios, prácticas comunitarias, maestros comunitarios, acción comunitaria, programas comunitarios. Y, esto no es ni bueno ni malo, podemos seguir usando estos términos sin problematizarlos. Pero, también podemos ver cuáles son los supuestos subyacentes de estos conceptos, con el objetivo de tener más recursos teóricos que nos sustenten en el momento de nuestras prácticas. Estos términos nos evocan unión, comunión, fraternidad, solidaridad. Todas ellas situaciones positivas, permanentes, estables, que brindan seguridad y bienestar.

Ferdinand Tönnies (1855-1937) escribe en 1887 el libro *Comunidad y sociedad*. En ese libro Tönnies distingue entre *comunidad* como “tipo ideal” y *comunidad* como “tipo histórico”. Al primero le contraponen otro tipo ideal, el de *sociedad*. Como tipo ideal, la comunidad supone una proyección utópica que utiliza el concepto como un dispositivo teórico-ideológico que permite, por un lado, condenar el presente societal, resultado de la modernidad, y a la vez proyectar un futuro comunitario en el que los valores de la equidad y la solidaridad sean los que primen en las relaciones sociales. En su teoría de la comunidad pasa revista a diversos tipos de relaciones: madre-hijos, cónyuges, hermanos, parentesco (comunidad de sangre), comunidad de lugar (vecindad), comunidad espiritual (amistad). La casa, la aldea, la ciudad. Valores asociados a la comunidad: autenticidad, concordia, virtud, fin común. Reiteramos, no se trata de descripciones empíricas, históricas, sino de tipos ideales. Para la *sociedad*, en cambio, registra: anonimato, impersonalidad, maquinismo, industrialismo, soledad, tensión, persecución individual de fines, mentira, hipocresía, vanidad, egoísmo, ambición.

Como “tipo histórico” se estaría planteando una relación de tipo evolutivo-progresivo que iría de la comunidad a la *sociedad*, (semejante a Robert Redfield en su teorización del continuum folk-urbano, etc.) y en los últimos tiempos como una huida hacia adelante de la mano del pasado: “Comunidad es lo antiguo, *sociedad* es lo nuevo como cosa y nombre”. La comunidad remite a la vida campesina, a la aldea medieval, a la familia extendida, al orden tradicional. La *sociedad*, a la vida moderna, al industrialismo, etc. El pasaje de las formas agrícolas y medievales, al capitalismo comercial e industrial. En los tiempos de la crítica a la modernidad, esta fue asumida desde por lo menos dos acepciones; como *posmodernidad* y como *antemodernidad*, en tanto *antemodernidad* resurge el concepto de comunidad.

Como dijimos al comienzo, se usa el término *comunidad* porque facilita referirse a situaciones sociales a las que sintetiza, pero también es cierto que está connotado y expresa una realidad social sin conflicto, armoniosa, en la que priman relaciones sociales con un dejo de utopía. Se quiere expresar también la participación de las poblaciones más pobres en la agencialidad de proyectos que los involucran. Se habla de lo comunitario, en general, en torno a la consideración de las condiciones de vida de los sectores más pobres. Por extensión, ¿nos llevaría a pensar en la desaparición de las clases sociales, en el fin de la explotación del trabajo humano?

Preferimos usar el término de población o poblaciones, para evitar expresar las connotaciones señaladas. Porque, por otra parte, los sectores poblacionales de los que hablamos están inmersos en tramas complejas de conflictividad económica, política y social, y sus relaciones sociales distan mucho de ser armónicas. Aunque también existen relaciones solidarias y armónicas. Y es importante que podamos reconocerlas, analizarlas y valorarlas cada vez que aparecen.

Las poblaciones en los barrios del sur de la Ciudad de Buenos Aires

Para tratar de caracterizar a la población de los barrios del sur de la Ciudad de Buenos Aires, comenzamos haciéndolo desde el punto de vista estructural y estratigráfico. Los sectores populares se ubican dentro de la estructura socioeconómica de nuestro país en los estratos más bajos y más pobres, donde la desocupación y la subocupación pasaron a ser la noticia más importante en las últimas tres décadas. Según los datos duros que Susana Torrado recoge en su libro *Historia de la familia en la Argentina moderna (1870-2000)*, de 2003, en 1945 el 72 % de la población económicamente activa (PEA) eran asalariados dependientes. A mitad de los años cincuenta, ese porcentaje asciende al 91 %. O sea, que a mitad de los años cincuenta, el 91 % de la PEA era asalariada dependiente, con todo lo que esto significa: tenían vacaciones pagas, aguinaldo, “trabajo genuino”, seguridad social, se le pagaba lo que iba a recibir en sus jubilaciones, que eran dignas.

En la mitad de los setenta, esta cifra, si bien baja unos puntos, se mantiene también alta. El 89 % de la PEA tiene trabajo asalariado dependiente. A partir de ese momento, va a empezar a disminuir cada vez más la cantidad de asalariados dependientes y va a ascender el cuentapropismo, el trabajo precario, hasta que en la década de los noventa, entre 1991 y 1996, la tasa de desocupación se va a triplicar con un ascenso del 6 % al 18 %. La crisis —cabe recordar— comienza en 1998 y llega a su punto culminante en el 2001. En esta fecha, la pobreza alcanza a más del 40 % de la población.

Esto nos diferencia del resto de los países de la región porque en ellos la participación de los salarios en el producto bruto interno (PBI) siempre fue menor. Atilio Borón consigna en *Tras el Búho de Minerva. Mercado contra democracia en el capitalismo de fin de siglo* (2000) que en el Boletín del Banco Central de la República Argentina de 1953, se registra la participación de los salarios en el PBI cercana al 50 %. Eso no sucedía en ningún otro país de la región. Por eso decía al comienzo que en nuestro país se cambió la estructura socioeconómica, porque hubo un descenso notorio y notable de los sectores populares que antes participaban de una distribución de la riqueza muy diferente a la que tenemos hoy en día. En los otros países de la región (Chile, Perú, Bolivia), si bien hay mayor pobreza después de las políticas neoliberales —la brecha entre pobres y ricos, medida por el índice Gini,² es la más grande de toda la historia—, no obstante, no hubo una modificación importante de la estructura social, porque siempre hubo diferencias estructurales importantes. Nuestro país había llegado a un nivel no de igualdad, pero de mayor equidad en la distribución de la riqueza que el resto de los países de la región. Situación que siempre compartió con Uruguay.

En el momento de la crisis del 2001, nos igualamos con el resto de los países de la región, incluso estuvimos por debajo de alguno de ellos. Entonces, esta situación condujo a una importante cantidad de personas, a tener que aprender a vivir sin dinero y a perder la soberanía alimentaria. ¿Qué queremos decir cuando decimos esto? La gente ya no pudo más elegir qué, cómo, cuándo y con quiénes iba a comer. Ante esta situación, hubo distintas respuestas organizadas desde la gente, que muchos de los que

2. El índice de Gini, ideada por el sociólogo italiano Corrado Gini (1884-1965), normalmente se utiliza para medir la desigualdad en los ingresos dentro de un país, pero puede utilizarse para medir cualquier forma de distribución desigual en valores que van entre el cero y el uno.

trabajamos en el campo —que hacemos “trabajos de campo”— conocemos, como, por ejemplo, los comedores públicos, las cocinas solidarias, etc. Es decir, la gente se organiza y tiene que dar respuestas ante las necesidades que le crea la estructura, que le crea la situación social, determinadas políticas implementadas. La gente tuvo que trabajar para organizarse y poder comer. Fueron momentos realmente acuciantes, de mucha necesidad y de mucho costo subjetivo para todas las personas que tuvieron que pasar por todas estas situaciones. Hubo lucha, resistencia y organización. Desde lo estructural, estos sectores pertenecen a los sectores más despojados por las políticas neoliberales.

Contamos con un *documento base* encargado a especialistas que nos aporta los datos cuantitativos y cualitativos en los cuales apoyar nuestras investigaciones, planes y proyectos, de realización propia.

Cuando nos encontramos trabajando en el territorio para estudiar la dimensión subjetiva de los sujetos, encontramos que mucha de la gente que es muy pobre y que tiene todas las características que acabamos de mencionar, sin embargo, piensa en clave política de derecha. ¿Qué queremos decir? Por ejemplo, votan a Mauricio Macri en la Ciudad de Buenos Aires o eligen políticamente a los sectores políticos que los pauperizan y que los asisten. Como decía el cancionero español: “El Sr. Don Juan de Robres, con caridad sin igual, hizo hacer este hospital, y primero hizo a los pobres”. O sea, primero se los pauperiza y después se los asiste. No obstante ello, las personas eligen estos proyectos políticos que van en contra de sus propios intereses. Concretamente, en 2008, en el barrio de Barracas, ganó el macrismo por siete votos (en la Asociación de Vecinos). En la última elección del 2012, se revirtió la situación y ganaron distintos sectores del peronismo “K”, después de un considerable trabajo político.

¿Cómo podemos explicar el hecho de que la gente más pobre haga elecciones políticas contrarias a sus intereses? Entendemos que todos somos *sujetos de hegemonía*. Cuando hablamos de sujetos de hegemonía, estamos hablando de sujetos que son hablados por otros, para decirlo brevemente.

Esta situación, que hace que la gente se convezca de las ideas que sostienen al poder de los otros, es algo que tenemos que tenerlo siempre muy en cuenta cuando trabajamos con nosotros mismos o con cualquier sector de clase, pero también con los sectores que son más castigados por las clases dominantes y que, sin embargo, al ser hablados por ellas, piensan de la misma manera, sosteniendo las ideas que sostienen el poder de esa gente.

Todo el proceso social vivido, más el sistema de ideas conscientes y de creencias, está organizado por significados y sentidos de la clase dominante de modo tal que da la sensación de que la realidad de la vida es el sentido común. Pero es una construcción hecha desde las clases dominantes lo que nos parece lo naturalmente dado, está socialmente construido para poder controlarnos como población.

Raymond Williams dice que una *hegemonía* tiene que ser permanentemente recreada, defendida, renovada, modificada para que la gente no la identifique y la deje de lado. Hay que renovarla permanentemente. Pero también, una hegemonía dada es siempre resistida, limitada, alterada y desafiada, por lo que debemos agregar al concepto de *hegemonía*, el concepto de *contrahegemonía* o *hegemonía alternativa*.

Por otro lado, nunca la hegemonía se establece de un modo total y exclusivo, siempre deja intersticios por los cuales pueden filtrarse los procesos contrahegemónicos.

Ahora bien, además de tener en cuenta esta situación de la dimensión estructural y de la dimensión subjetiva de los sectores de población de los barrios del sur de la Ciudad,

es importante —considero— tener en cuenta la *escala*, el nivel en el que se trabaja y se registra la participación social. La escala en la que se trabaja cuando se trabaja con organizaciones sociales de los sectores populares —como ya lo mencionamos con anterioridad— es la escala de lo local, y no de lo estructural. ¿Qué queremos decir con esto? Cuando se aplicaron las políticas neoliberales impuestas por los diez ítems que fijaba el Consenso de Washington de 1990, no fueron consultadas las personas sobre cuyas vidas iban a recaer esas políticas y cuyas vidas iban a ser modificadas por esas políticas. Estas fueron construidas, planificadas, pensadas e implementadas fuera, incluso, de los espacios nacionales. Y esas decisiones fueron tomadas en el nivel de lo estructural.

Tal vez, señalar esto pueda parecer una obviedad. Ya se sabe que la gente no toma las decisiones principales en la determinación de las políticas nacionales e internacionales. Pero, sin embargo, hay en la teoría social una manera de entender a la participación de la sociedad, que propugna escuchar a la gente, es decir, los análisis y las propuestas que tienen que hacer los sectores subalternos sobre sus propias problemáticas. Pero vemos que si se dejan de lado los papeles en los que estos discursos se inscriben, cuando vamos a la realidad, notamos que no se toma en cuenta la participación de la gente para el nivel estructural. Y esas medidas afectan el nivel cotidiano y el nivel local sin que la población intervenga para nada.

Si bien los sujetos y los conjuntos sociales participan, son parte de los procesos específicos donde ocurren, por ejemplo, la desnutrición, las violencias de diferente tipo o la extrema pobreza, dichos sujetos y grupos no suelen ser los que generaron estas situaciones y la existencia de esos problemas, pero se ven obligados a actuar frente a ellos, que son parte de sus vidas locales, como vimos en el ejemplo de las cocinas solidarias frente a la falta de comida o dinero para comprarla. Más todavía: gran parte de la vida de la gente de los sectores populares consiste en vivir dentro de condiciones no buscadas por ellos. Situaciones en las que se suscitan problemas de violencia que los afectan y a las cuales rechazan, pero que no tienen más remedio que convivir con ellas.

Además, cuando nos referimos a la perspectiva de lo local, tenemos que tomar en consideración la diferenciación de aquello que es hablado por los medios, de lo que proviene de la experiencia de la vida cotidiana. Lo que quiero decir con esto es que por ahí podemos tener una visión de la guerra del Golfo exclusivamente dada por los medios, pero no vamos a tener una visión mediática de la desnutrición que observemos, de una enfermedad padecida por alguien que conozcamos en el barrio, el funcionamiento de un comedor o una clase de formación profesional en el Instituto de Formación Profesional del CIDAC. Estas son informaciones y conocimiento de lo local que solo lo vamos a poder obtener trabajando en ese medio.

La vida cotidiana opera como el principio de realidad más inmediato, referido exclusivamente a la vida desarrollada en términos locales. Es cada vez más difícil establecer diferencias entre lo local y lo no local, entre el adentro y el afuera. Lo cual, no implica desconocer las diferencias entre lo estructural y lo local, sino la necesidad de observar lo estructural a través de lo local, tanto en términos de sobredeterminación como de resistencia.

Entonces, la realidad social con la que se trabaja es compleja, cruzada por una multiplicidad de intereses de las poblaciones que las habitan y de los intereses políticos sobre esas poblaciones que tienen otros colectivos externos a esos territorios. Intereses políticos, carencias económicas y sociales de las poblaciones, de difícil resolución local. Pero intentando que el resultado del trabajo aporte para la resolución de las dimensiones locales de sus problemáticas.

¿Cómo trabajar con las poblaciones?

Una parte de la propuesta consiste en la construcción de conocimiento fuera de los muros de la Universidad, porque lo que se trata de hacer, a partir del trabajo con las poblaciones, es construir conocimiento en los ámbitos constituyentes, donde los sujetos dirimen sus resistencias en lo local sin desconocer lo estructural.

Podemos plantearnos varios interrogantes al respecto: ¿cuántas variedades de colectivos surgen en el trabajo de los sectores populares (Bachilleratos Populares, Cooperativas de Viviendas, Asociaciones de Vecinos, Madres del Paco, Odontólogos Solidarios Argentinos, Centro de Innovación y Desarrollo de la Facultad de Filosofía y Letras)?, ¿qué espacios ocupan estos colectivos que surgen?, ¿qué temporalidades tienen?, ¿qué capacidades tienen para elaborar proyectos e incidir en la orientación de la sociedad?, ¿qué relación hay entre los colectivos y los proyectos?, ¿qué densidad tienen esos colectivos?, ¿qué formas organizativas asumen?, ¿en qué tipo de prácticas se expresan?, ¿los proyectos son proyectos de un sujeto o de varios sujetos?, ¿hay sujetos con varios proyectos?, ¿cuánta fuerza realmente está emergiendo de toda esta conflictividad y de todos estos conflictos?, ¿los sujetos crean el conflicto? Todos estos interrogantes —y muchos más— también tienen que estar presentes en los trabajos que se realizan con los sectores poblacionales.

Se construye el conocimiento desde las exigencias de constitución de ellos y de nosotros como sujetos sociales colectivos. O sea, nosotros también vamos a ser modificados por el trabajo que realicemos. No solo los sujetos de los sectores populares, sino también nosotros vamos a ser transformados a partir del conocimiento que podamos llegar a lograr entre todos.

Podemos partir de la idea de *coyuntura* —y de análisis del presente de la coyuntura—, de la situación que exige ser problematizada no como una contingencia, sino como un emergente de un problema dentro de estos sectores (Zemelman, 2003). Es en el análisis de esas coyunturas donde podemos entender las dinámicas complejas que pueden asumir los fenómenos sociales, entre ellos los procesos de constitución de los sujetos sociales (de los otros y de todos nosotros), ya que son los espacios desde donde actúan y reaccionan, actuamos y reaccionamos los sujetos.

Dicho así, pareciera que todos los sujetos de las universidades y de los sectores populares se constituyen como sujetos sociales colectivos. Esto, por supuesto, no es así. Pero cada uno de los que investigamos en distintas áreas y localizaciones geográficas hemos visto, en etapas constituyentes, a promotores de salud, a nuevos sindicalistas, a madres luchando por alguna falencia de sus hijos... y a nosotros investigando en esas coyunturas.

Entonces, sintetizando, para encarar nuestro trabajo fuera de los muros de la Universidad y poder contribuir con nuestro supuesto saber a la posibilidad de intervenir sobre lo local, tendríamos que tener en cuenta el abordaje desde distintos saberes para lograr la aproximación a la solución de los problemas que presentan las poblaciones de los sectores más pobres de la Ciudad de Buenos Aires, la mal llamada interdisciplinariedad. ¿Por qué? Aquí nuestro objetivo es dejar de hablar del “sentido común” de la *interdisciplina* y poder reflexionar sobre él. Se puede hacer todo un derrotero en la historia de las disciplinas buscando cómo en cada momento se planteó la tensión entre la complejidad de la realidad, por un lado, y la división del trabajo científico necesario, por otro. Esto requiere partir de la totalidad, pero además basarse en la especificidad de cada disciplina. Y para eso debe trabajarse en las correspondencias estructurales, en las intersecciones y límites, en los vínculos entre las disciplinas. Además requiere que se pueda diferenciar lo que es interdisciplinar de lo que es trabajo interprofesional.

Como los problemas no reconocen la división de trabajo entre campos del conocimiento —es decir, se presentan en toda su complejidad—, cuando se produce el abordaje de un problema social, económico o político, este requiere ser tratado en todas sus dimensiones, por lo que se requiere y convoca a distintos especialistas de diferentes profesiones, que dictaminan según su campo de especialización. A esto se lo suele llamar “interdisciplinar”, lo más correcto es que lo llamemos “trabajo interprofesional”. Cuando en el trabajo con poblaciones se plantean actividades intersectoriales, los miembros que los integran puede ser que no representen una disciplina científica, sino otro tipo de saberes, saberes no disciplinares: campos del arte, saberes populares, operadores de calle. Estos equipos así integrados, con miembros que representan inter-saberes, tienen que formular un programa y fijar objetivos para su quehacer. El marco referencial común implica, entonces, acuerdos ideológicos básicos: por ejemplo, qué tipo de relación se intenta reconstruir entre el equipo asistencial y los “beneficiarios”, qué metodología se elige utilizar (verticalista o participativa). Sabiendo además que la autonomía del equipo va a depender del marco institucional en el que trabaje el equipo, estas prácticas encaran una dimensión política, conceptual y práctica. (Stolkiner, 1987 y 1999).

La visión interdisciplinaria aplicada a fenómenos complejos como son los problemas de la realidad social solo puede darse por un trabajo que se plantee desde un inicio como una tarea interdisciplinaria en la que se imbriquen las epistemes de las distintas disciplinas. El quehacer interdisciplinario está tanto basado en la elaboración de un marco conceptual común que permita la articulación de ciencias disímiles como en el desarrollo de una práctica convergente. La tensión permanente que se establece entre la formación especializada y la tarea interdisciplinaria puede resultar fructífera, pero también puede conducir a meras generalidades. Por lo tanto, se requiere del equipo interdisciplinar que se concilie en cada momento unidad y diversidad, especialidad y universalidad. El camino por el cual se logra la interrelación no es arbitrario y supone la puesta en acción de un proceso que constituye uno de los mecanismos básicos del desarrollo cognoscitivo: el proceso de diferenciación de una totalidad dada y de integración o reintegración de una totalidad conceptualmente enriquecida.

Cuando un problema surge por diferenciación de problemas lleva consigo una perspectiva diferente de lo que hubiera tenido si se lo hubiera enfocado a partir de una sola disciplina. O sea, cada disciplina ha elaborado su propio nivel de análisis, y para que haya quehacer interdisciplinar tiene que organizarse un nivel de análisis ad hoc, es decir, interdisciplinario. (García, 1986).

El objetivo es que no queden dinámicas sociales parceladas dentro de la problemática de una sola disciplina pensando la realidad en el presente, haciendo un análisis de él, con todas las dificultades que esto supone. Porque el conocimiento social se enfrenta con la necesidad de activar a la realidad —no solo de describirla—, de activarla y de poder preverla incluso para poder tomar previsiones. Y realizar estos análisis desde el ángulo del par sujeto-conflicto, teniendo en cuenta el contexto coyuntural de su producción e involucrándonos en los contextos de producción de esos conflictos.

Parte de la construcción de ese conocimiento es pensar cómo entendemos la necesaria investigación que requiere toda transformación de la realidad social, transformaciones de situaciones y de sujetos. Releer las distintas experiencias de la investigación-acción —sus problemas y dificultades— e indagar en otras perspectivas (Achilli, 2003) para entender que “cuando se combinan procesos de investigación con prácticas de participación estamos en terrenos movedizos”, situación que hace complejizar los debates y las propuestas. Que si bien es posible investigar en coparticipación con otros sujetos, con otros saberes, con otros recursos metodológicos, es conducente hacerlo desde una “lógica recursiva-dialéctica que permita construcciones sucesivas en un proceso de

investigación espiralado y en permanente objetivación reflexiva. Es decir, trabajada desde herramientas teóricas y metodológicas que posibiliten el proceso de construcción de conocimientos y, que a la vez, suponga procesos de control y de crítica sobre esas mismas herramientas (Bourdieu y Wacquant, 1995), lo que supone hacer la crítica tanto de los procedimientos como de las categorías con que nos apropiamos de una realidad social para construirla como objeto de estudio.

Elena Achilli sostiene que no deben ser confundidos los diseños de investigación tendientes a la generación sistemática de conocimientos con los diseños de planificación colectiva tendientes al logro de determinadas acciones-propósitos grupales. Y sugiere lo que en su experiencia investigativa con participación asumió una determinada forma: los talleres de educadores, con cuya implementación recomienda planificación, claridad de objetivos, rigurosidad de encuadre, la documentación del proceso con observadores encargados de ello y, sobre todo, participación voluntaria y reflexiva.

Cabe aclarar que la mayor parte de nuestro equipo de trabajo tiene formación antropológica. Y esto nos genera reflexiones, ya que como antropólogos recibimos formación específica sobre la teoría de la práctica territorial, situación que no sucede en la formación brindada por otras carreras, inclusive por otras carreras de ciencias sociales. Pero la etnografía no es una práctica que transforma por sí misma, aunque pueda contribuir con procesos que se encaminen hacia la transformación de una parte de la realidad. La transformación más importante que ejerce la etnografía, la hace sobre los que la usan y practican. La experiencia de campo y el análisis que la acompaña cambian la conciencia del investigador (Rockwell, 2009: 30) y modifica su manera de mirar los procesos sociales. En especial, puede mostrar la complejidad de los procesos en los que intervienen múltiples actores con intenciones y tradiciones diversas. Estas ventajas en el registro y análisis del trabajo territorial es algo que tenemos la responsabilidad de comunicar a aquellos que se van a ocupar de él. Pero, aquí tendríamos que hacer una advertencia: ni la formación política, moral o antropológica de los sujetos garantizan el establecimiento de un “buen vínculo”, de un vínculo que lleve a buen término el trabajo conjunto que pretendemos hacer en el trabajo territorial. Lo que más lo garantiza es la vigilancia permanente de nuestros propios prejuicios, el compromiso social y político que asumamos, la revisión constante de las actividades que llevamos a cabo.

Bibliografía

- » ACHILLI, E. (2003). “Investigación y coparticipación. Las estrategias grupales de investigación”, 3.^{er} capítulo de la tesis de doctorado *Escuela, Familia y etnicidades. Investigación socioantropológica en contextos interculturales de pobreza urbana*. Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras.
- » ANDER-EGG, E. (1967 [1965]). *Metodología y práctica del desarrollo de la comunidad*. Buenos Aires: Humanitas.
- » BORÓN, A. (2000). *Tras el búho de Minerva. Mercado contra democracia en el capitalismo de fin de siglo*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- » BOURDIEU, P. y WACQUANT, L. (1995) *Respuestas. Por una Antropología reflexiva*, México, Grijalbo. Citado por ACHILLI, E. (2003).
- » GARCÍA, R. (1986). “Conceptos básicos para el estudio de sistemas complejos”, en Leff, E. (comp.), *Los problemas del conocimiento y la perspectiva ambiental del desarrollo*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- » STOLKINER, A. (1987). “De interdisciplinas e indisciplinas”, en *El niño y la escuela*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- » ____ (1999). “La interdisciplina: entre la epistemología y las prácticas”, en *Revista El Campo Psi. Revista de Información Especializada*, año 3, n.º 10. Rosario: *El Campo Psi*.
- » MENÉNDEZ, E.; SPINELLI, H. (2006). *Participación social ¿para qué?* Buenos Aires: Lugar.
- » ZEMELMAN, H. (2003). “Hacia una estrategia de análisis coyuntural”, en *Movimientos sociales y conflictos en América Latina*. Buenos Aires: CLACSO, Programa OSAL.